

Fecha de recepción: diciembre 2021

Fecha de aprobación: febrero 2022

Fecha publicación: marzo 2022

Cambiar la mirada, transformar el mundo

Andrea Saltzman ⁽¹⁾ y Marifé
Santiago Bolaños ⁽²⁾

Resumen: Las proyecciones futuras siempre están arraigadas al pasado. La proyección refleja aquello que añoramos modificar. Desde la Revolución Industrial hemos desarrollado un sistema productivo voraz que quiebra la armonía con los ciclos de la vida. Nos hemos sentido como egos aislados de la naturaleza centrados en la eficiencia productiva. El deterioro de nuestro entorno, el cambio climático, la contaminación, la falta de colaboración es consecuencia de esta mirada sesgada en el fragmento. La intención de esta investigación es recuperar la trama. Un intento de modificar la percepción y con ello nuestro imaginario para proyectarnos, percibir y construir otra realidad.

Palabras clave: Trama - imaginarios - metáfora - piel - proyectar - Revolución Industrial - ego - naturaleza - clima - contaminación.

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 167]

⁽¹⁾ **Andrea Saltzman.** Arquitecta Universidad de Buenos Aires. Doctora en Diseño por la Universidad Politécnica de Madrid. Directora de la carrera de Diseño de Indumentaria y Textil de la Facultad de Arquitectura Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires. Autora de los libros *El cuerpo diseñado, sobre la forma en el proyecto de la Vestimenta* y *La metáfora de la piel, sobre el diseño de la vestimenta*. Performance e intervenciones en: Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires, Fundación Proa de Buenos Aires, Centro Cultural Recoleta, Centro Cultural de las Ciencias de Buenos Aires, Museo de Arquitectura de la Ciudad de Buenos Aires, La Bienal de la Habana, Cuba y La Casa de América en Madrid España.

⁽²⁾ **Marifé Santiago Bolaños** es escritora y poeta. Doctora en Filosofía. Universidad Complutense de Madrid. Profesora Titular Universidad Rey Juan Carlos Madrid. Investigadora en torno al diálogo entre la Filosofía y la creación artística. Patrona de la Fundación María Zambrano. Académica correspondiente de la Real Academia de Historia de Arte San Quirce y Vicepresidenta de Clásicas y Moderna. Asociación para la igualdad de la Cultura. Su obra fue traducida al: inglés, francés, bengalí, hebreo, chino, alemán, esloveno, gallego, portugués y ruso.

Este escrito en formato de correspondencia entre la doctora en Filosofía y poeta Marifé Santiago Bolaños y la arquitecta y diseñadora Andrea Saltzman, intenta expandir la mirada del Diseño o mejor dicho del diseñar.

Es una invitación a redescubrir nuestro mundo y repensar nuestra tarea ampliada desde la filosofía. Podríamos hablar de cambio de paradigma, pero decidimos habitarlo a modo de diálogo, recuperando el pensamiento poético, intuitivo y corporal.

La pandemia, como amenaza planetaria, abrió un paréntesis para repensar nuestro vínculo atormentado con la naturaleza de la cual somos parte.

Las palabras: sustentable y ecológico se han vaciado de sentido en un sistema desarrollista del que nos resulta muy difícil salir. Ante esta necesidad inminente de transformación intentamos una aproximación que abra a nuevos imaginarios y nos conecte, de manera amorosa, con la misteriosa trama de la vida.

Estimada doctora Saltzman, querida Andrea:

“En este lado de la Naturaleza ha empezado el otoño. Es ese tiempo del adiós, en el que nuestras antepasadas entregaban cantos de despedida a las últimas cosechas y, de algún modo, daban la bienvenida al año nuevo para que se fertilizara durante el invierno, ese estadio de oscuro recogimiento hilandero del porvenir. Me lleva al mito de Deméter y Perséfone, tantas veces mencionado en nuestras conversaciones. Deméter, la madre que pierde a su hija en la cima del misterio inevitable del vivir; la madre que abandona sus obligaciones de diosa de los frutos de la Tierra sumida en un duelo sin fin que la arrastra por los caminos buscando a Perséfone Core –la muchacha–, raptada por Hades, señor de esos lugares sin lugar que hemos dado en llamar: inframundo.

Lugares sin lugar porque están habitados por la memoria en la que se convierten los muertos para los vivos cuando los primeros abandonan la vida terrenal. La madre sale de su duelo cuando la anciana *Baubo* la hace reír. La risa como sacudida, como herramienta retadora, disruptiva máscara trágica y cómica. Máscara entre el yo y el mundo, entre el cuerpo y su reflejo en la mirada de los demás. Máscara-persona, porque en persona se convierte quien la porta, mostrando la aparente contradicción entre la porosidad, una palabra tan tuya, que supone este entramado que crea el yo con su entorno y la protección que, a la par, supone ese objeto de pleno carácter simbólico capaz de ritualizar el instante que ocupa.

¿En qué momento esa cultura de la vida, recogida en multitud de relatos míticos guiados por figuras femeninas, se convirtió en una cultura de la imposición, es decir, de lo rígido? En qué momento esa promesa de convivencia, de ordenación musical dejó de serlo. En qué momento la palabra dejó de ser encantamiento y se convirtió en mandato. Pero no en mandato pactado, sino en mandato colonizador. Trato de abarcar, en una mirada, los rostros de las mujeres de la tierra y, con las diferencias evidentes que la geografía física y metafísica suponen, hay en ellas algo remoto de aquellas diosas que amanecieron a la orilla de un mar que acabó llamándose: Mediterráneo. Un mar que nacía mucho más allá, en las montañas sagradas cuyos ríos dieron nombre a la India, por ejemplo. Diosas del viaje que busca hallar lo perdido y lo hurtado para cuidarlo. Diosas que nos hablan del exilio con afán de acogida al extranjero, con la misión de preservar esa hospitalidad que rezumaban

sus historias, que reproducen sus ritos, que se aprendían en las ceremonias donde eran recordadas. Diosas madre.

Año tras año partía, en la noche ateniense, la procesión hacia Eleusis. Desde el Cerámico, el cementerio de Atenas, daba comienzo el viaje que entre cantos y antorchas buscaba el amanecer en el santuario dedicado a Deméter y Perséfone donde se celebrarían los misterios mayores. Era septiembre, como ahora cuando te estoy escribiendo. Septiembre de los finales y de los principios, ¿te das cuenta? Septiembre del *entre*. Una peregrinación iniciática, como lo son todas las peregrinaciones, se dirigía hacia el secreto. Lo que no puede decirse, nos enseña la filósofa María Zambrano, es lo que se tiene que escribir. El gesto coreográfico de ese grupo ordenado iba escribiendo la continuidad en el tiempo de la tierra, su vínculo con el sentido que a esa continuidad le piden los seres humanos.

Hay un hilo que une la ceremonia y el escribir como vocación de eternidad. Porque la iniciada, el iniciado hacían voto de silencio. No se podía decir lo que allí pasaba, había un experimentar, algo físico y simbólico, hoy lo llamaríamos incluso performativo. Un remedo hacia atrás de la propia biografía hasta llegar a ese momento en el que se nos deja fuera del vivir sin pensamiento, algo semejante al paraíso que hemos llamado infancia. Experiencia del sentir aun sin mediar palabra, experiencia que quedará en el olvido cuando la racionalidad logocéntrica se imponga, aunque ignore cómo leer las huellas enmascaradas en el cuerpo y en el alma. Cuando el cortejo llegaba a Eleusis, a la orilla del mar, las mujeres danzaban alrededor del llamado: pozo de las danzas hermosas. Lo que llegaba después era el desvelamiento íntimo de la proximidad entre los seres humanos. Nadie más extranjero para cada cual que uno mismo, nadie más desconocido. Mas cuando hay comunión deja de haber extrañamiento, deja de haber extranjería. Hay un hilo, como el de la otra muchacha mitológica fundacional que fue Ariadna, capaz de conducirnos hasta el mismo centro de nosotras mismas. Leo a María Zambrano desvelándose por qué se escribe:

Escribir viene a ser lo contrario de hablar; se habla por necesidad momentánea inmediata; y al hablar nos hacemos prisioneros de lo que hemos pronunciado, mientras que en el escribir se halla liberación y perdurabilidad –solo se encuentra liberación cuando arribamos a algo permanente–. Salvar las palabras de su momentaneidad, de su ser transitorio, y conducir las en nuestra reconciliación hacia lo perdurable, es el oficio del que escribe.

Mas las palabras dicen algo. ¿Qué es lo que quiere decir el escritor y para qué quiere decirlo? ¿Para qué y para quién?

[...] Descubrir el secreto y comunicarlo, son los dos acicates que mueven al escritor.

El secreto se revela al escritor mientras lo escribe y no si lo habla. El hablar solo dice secretos en el éxtasis, fuera del tiempo, en la poesía. La poesía es secreto hablado, que necesita escribirse para fijarse, pero no para producirse. El poeta dice con su voz la poesía, el poeta tiene siempre voz, canta, o llora su secreto. El poeta habla, reteniendo en el decir, midiendo y creando en el decir con su voz las palabras. Se rescata de ellas sin hacerlas enmudecer, sin reducirlas al solo mundo visible, sin borrarlas del sonido. Pero el escritor lo graba, lo fija ya sin voz. Y es porque su soledad es otra que la del poeta (Zambrano, 2016, p. 446).

¿En qué momento ese sentir poético dejó de serlo?, ¿en qué momento el cuerpo dejó de escribir sus propios sueños de un modo místico? Me pregunto si no es ahí donde el arte se muestra como esa huella que viene a recordarnos, acaso, nuestra soledad. Y cuando entramos en su bosque, por intuición de un claro, quizás hallamos lo que falta. Que estaba justo donde nunca habríamos imaginado... ¿2020 abrió esa puerta?...”

Dra. M^a Fernanda Santiago Bolaños, estimada Marifé:

Ante todo, gracias por tu correo, por tus palabras y sobre todo gracias por sugerir este formato intimista para desarrollar este viaje compartido. Me motiva el adentrarnos en el pensamiento poético. Creo necesario volver a vibrar con el cuerpo para comprender.

Septiembre también aquí, pero a diferencia de lo que cuentas, anhelando la llegada de la primavera. Ya comienza a vislumbrarse en la luz y en las pequeñas yemitas que emergen de los árboles y pronto se convertirán en follaje. Festejo ese filtro verde y la vitalidad de esa transformación que amortiguará la rigidez del borde edilicio de la ciudad de Buenos Aires. De este lado del Mundo fundamentalmente en la zona del noroeste argentino, además de Bolivia, sur de Perú y norte de Chile, a partir del primero de agosto y a lo largo de todo el mes, se viene festejando la *Pachamama*. Se trata de una festividad de carácter sagrado, de raíces precolombinas, una aproximación a la naturaleza similar a la que narrabas en el principio de tu misiva. Pacha en *quéchua* significa universo, mundo, tiempo, lugar, y *Mama*, se traduce como madre. La *Pachamama* es la vida en todas sus manifestaciones, desde los animales a los insectos, el agua, la luz, el aire. La vida es entendida como una gran trama de la cual somos parte. Es momento de ritual de canto, fogata y de agasajar a la Tierra proveedora anticipando su momento de florecimiento. Desde este lado del sol hemos considerado que esa visión femenina de una Tierra dadora, que nos constituye de manera entrañable, era una aproximación de las culturas que habitaron este suelo antes de la colonización. Una visión despreciada por el pensamiento racionalista que entendió la naturaleza como espacio utilitario para investigar y extraer sus recursos como dominio de poder. Una aproximación que tildó de superstición al ritual y al poder sanador de las plantas. Sin embargo, tú también hablas del olvido de esa mirada mítica de la creatividad de la vida en todas sus dimensiones. Quizás está perdida y el anhelo de recuperar este imaginario que nos emparenta a la vida involucra una necesidad colectiva de algo que se fue silenciando y alejándonos de nuestra esencia. Recuerdo ahora incluso la hipótesis de Gaia, la diosa griega de la Tierra, desarrollada por el químico James Lovelock y la bióloga Lynn Margullis como aproximación holística desde la ciencia.

Como bien dices, el 2020 con todo su dolor y espanto abrió una ventana y un paréntesis para volvernos a imaginar. Me parece importante este comienzo, esta invitación a recuperar la poesía, la metáfora y volver a tejer la trama en conjunción con la energía de la naturaleza de la cual somos parte.

Hace tiempo que nos venimos sintiendo atrapados en un sistema del cual es muy difícil salir pero que pone en riesgo nuestra subsistencia.

El concepto de eficiencia productiva que focaliza en el producto, nos alejó de la complejidad de nuestras acciones y el cuidado de nuestros recursos.

No puedo dejar de pensar en el libro que escribiste sobre *Wangari Maathai y otras mujeres sabias, de la ecología hacia la paz*. En esa capacidad revolucionaria de transformación de la cultura y recuperación de la trama social a través de la reforestación y el amor a los árboles. Creo que solo cuando cambien nuestros imaginarios, nuestras metáforas, cambiará el mundo.

Como bien sabes, hace un tiempo ya, mi investigación sobre el Diseño gira en torno a la metáfora de la piel, o quizás, la metáfora de la piel se me presentó como el espacio para comprender y desarrollar el diseño.

Creo que las metáforas desde su naturaleza indeterminista y poética nos exigen imaginar. Me gusta contar que Borges (1980), decía que las ideas se aceptan o se rechazan mientras que a las metáforas es necesario ponerles el cuerpo, encarnarlas para comprender. Tú que además de filósofa eres poeta, lo sabes y lo expresas con mayor profundidad. Siempre que te escucho hacer referencia al pensamiento poético, me parece descubrir el mundo de una manera nueva.

Me interesó la piel como borde del cuerpo, desde esa necesidad de hacerse carne para comprender. Tocar es ser tocado, dice David Le Breton (2007) en su maravilloso libro *El sabor del mundo*.

Aquí y ahora, es a partir que siento la presión de mis dedos sobre el teclado de la computadora que la reconozco y al mismo tiempo, tomo conciencia de mí. Imagino la piel como borde conector interior-externo, como la respiración, que al tomar el aire externo lo interioriza y al exhalar suelta algo de sí en un juego dinámico de intercambio.

Yo, que comprendo desde la forma, la imagino como una cinta de *Moebius*, cuya superficie es única, interior y exterior. Llegué a la piel luego de haber entendido el diseño de la vestimenta como el diseño del cuerpo, de un cuerpo vivo que la habita y que, como tal, desarrolla una interacción. Pero luego, necesité desplazar la mirada al borde: la piel, porque me posibilita aunar cuerpo y contexto y todo lo que pudiera ocurrir *entre* ambos. Muchas veces hemos hablado del *entre*, tú ya lo has mencionado en este texto haciendo referencia a la máscara y su analogía con el vestido. Ese *entre* constituye un espacio potencial que surge *entre* piel y piel y abre un universo infinito para diseñar.

Ya no se trata de diseñar productos: remeras, camisas, sillas, casas, sino de interacciones. Pensaba en la obra *Bicho* del artista brasileño Ernesto Neto (2011). Esas configuraciones textiles versátiles que contienen al cuerpo a la vez lo abrazan, le brindan apoyo, lo amortiguan y hasta lo podrían vestir. Al pensar en la interacción, se sale de la forma única y definida para abordarla como experiencia que muta en el acontecer. Se piensa de manera performativa. Neto es un artista que comprende el mundo desde el cuerpo, por eso involucra el gesto y también la percepción. Incluye el aroma y el sonido como parte de sus espacios. Sus obras son una invitación al juego, a la fantasía y al goce de la experiencia de un espacio vivo y un cuerpo presente.

Cuando uno piensa en la piel, en lugar del sustantivo, surge la acción, la experiencia y, por lo tanto, el verbo. Se sale de la clasificación de aquello que ya existe. Neto alude a la piel y a la percepción como medio de imaginar y recrear nuestras maneras de percibir y habitar el espacio.

Pienso en la diseñadora argentina Diana Cabeza que ha embellecido los espacios públicos en muchísimas ciudades de la Argentina y el mundo. Para nombrar su trabajo, ella habla

de: topografías de apropiación. A través de sus construcciones, plantea múltiples posibilidades de intercambio: sentarse, recostarse, apoyarse, compartir, recluirse, contemplar. Su diseño es un juego entre la topografía y el cuerpo.

Pensar en el *entre* es pensar en la relación.

La naturaleza es un gran organismo de colaboración: las plantas que se valen de las fuerzas del viento, del agua o de otros insectos o animales para trasladar las semillas más allá de sí y poder desarrollarse. Pensar el diseño desde el *entre* es imaginarlo en colaboración con la luz, con el aire, con el cuerpo y con todo lo que nos rodea, desde la vitalidad de la forma en interacción.

Imaginar desde la piel es conectar hacia adentro y hacia afuera, a la manera de una espiral, entre el micro y el macrocosmos, como lo imaginó el artista vienés Friederich Hundertwasser. Desde esa espiral conectora, fue capaz de enunciar la teoría de las cinco pieles, del cuerpo, al vestido, la casa, la identidad y la cultura, el planeta y, por qué no, el Universo.

Ese imaginario en espiral llevó al artista a concebir la vivienda como un ente vivo, con cubiertas verdes capaces de absorber sus propios desperdicios. No es de extrañar que se convirtiera en uno de los primeros ecologistas.

Mucho venimos hablando de sustentabilidad y de ecología, pero quizás necesitemos un cambio de conciencia.

Cambiar de metáforas es cambiar el mundo.

Admirada Doctora Saltzman, mi querida Andrea:

Comienzo por tu final: cambiar de metáforas es cambiar el mundo. Y regreso a esos orígenes en los que las mujeres que el tiempo nos ha dejado en las imágenes de ciertos espacios arquitectónicos, y en las que manan de ciertos relatos míticos, iban dándole forma compartida a la individualidad. Esas mujeres que insertaron diminutas hojas de plantas en las paredes de las cuevas que, hasta que no dio comienzo una investigación académica con perspectiva de género, creíamos flechas. No tengo que decirte la distancia conceptual que se deriva de ambos imaginarios: en uno, es la lucha, el enfrentamiento, la propiedad del tiempo y el espacio lo que prima. Flechas, así lo estudiábamos, así lo asumimos sin preguntas, así fuimos configurando el plano metafórico de nuestra existencia. Había, sin embargo, una especie de pálpito que no se ajustaba a lo inapelable. Sé que tuviste la misma experiencia. En ese imaginario del enfrentamiento primaba la fuerza, y era una fuerza de carácter mecánico, biológico, que se imponía sin réplica, aunque fuera disfrazando su aspecto de otras actitudes. Aprender desde la aceptación es haberse introducido, en el proceso del desarrollo de la personalidad, el miedo. Insisto, aunque ese miedo alcance tales grados de sutileza que puede, incluso, confundirse con, por ejemplo, orden o, incluso, excelencia.

Y entonces se descubre que esas flechas no lo eran, que cuando la técnica se pone al servicio de la verdad y se acerca a la forma con mirada de microscopio, esas aparentes rayas que, de inmediato, se identificaron con flechas, por lo tanto, traían ritos cazadores, ritos belicosos, etc., etc., eran hojas diminutas. No era una ceremonia, pues, de la velocidad, de la prisa, de la lucha, sino de la espera, de la paciencia adaptativa, de la vida en plenitud. Regreso a Deméter: tal vez su llanto por haber perdido a Perséfone no lo fuera más que por la tristeza de que el tránsito de la vida fuera raptado, sin que las personas seamos capaces

de entregarnos, unas a otras, el testigo, la mano amiga. Cómo no pensar, de nuevo, en esas paredes rupestres llenas de manos. *Tender la mano, echar una mano*, son expresiones tan hermosas de la lengua castellana.

En ese *echar una mano*, con algo precioso de lanzar las redes más que de tirar, si te fijas, hay mucho de una nueva actitud, esa que propones y yo comparto. Pactar es el diálogo de las diferencias, me gusta más esta idea que la de diversidad, y no el resultado de una negociación donde siempre se esperan compensaciones y, aunque haya un ceder aparente, se parte de principios divergentes porque de lo contrario no haría falta negociar. Un nuevo contrato social sin regateo donde, como en esa danza a la orilla del mar en Eleusis, hay un pozo metafórico común, voy a entender un manantial de vida, que se rodea con el movimiento conjunto que crea una coreografía. El orden que se establece, como en la escena, es comunitario, es comunión con la ritualidad que ofrece esta palabra a nuestro imaginario. Quien dirige, está *entre* la intención y el resultado que, a su vez, es preludio más que final. Espiral, es cierto: apertura del círculo que crece en dependencia del instante anterior, arrastrando, como las aguas del mar en las playas del alma, la experiencia de ese tránsito, que es *entre* perpetuo.

Y entonces se progresa en una inmersión de agradecimiento, quiero, como tú, valerme de imágenes sugerentes que impregna la piel como metáfora-viaje, donde cada tramo del camino cobra una importancia absoluta, más allá del resultado final. Grano de cereal, agua, sol, tierra, aire: el pan que nos hace compañeras. Y esa fórmula está en todos y cada uno de los pasos que damos. Los procesos son el punto en el que hay que detener nuestra atención, con-centrarnos, centrarnos con. Bien distinta a la inapelable denuncia que nos mostró Walter Benjamin, cuando desvelaba la oscura cadena de producción del capitalismo deshumanizado y deshumanizante, en el que no interesan los procesos intermedios, de manera que podemos olvidar a quienes se ocupan de ellos, porque de lo que se trata es de acercarse al objeto final con asepsia, como si fuera algo que nace sin necesidad de que haya manos-manualidad. Desaparecen las manos, desaparece la artesanía, desaparece el trato entre la materia y la idea. De tal forma que no tenemos necesidad de pensar en las personas que llevan a cabo el proceso, da igual que sean niños o adultos, seres libres o seres explotados. Y en el otro lugar, esa mirada que tú llamas amorosa, término que rescato.

El amor, decía Platón, es el más antiguo de los dioses porque pone en marcha el universo. Dante, del que este 2021 celebramos el séptimo centenario de su muerte, describe el amor con una bella imagen en el último verso del Paraíso de su *Divina Comedia*: “el amor que mueve el sol y las demás estrellas”. Si pensamos que Dante es puerta y es camino, es *entre*, del medievo al renacimiento, y se sustenta en un humanismo en el que Platón regresará entre los libros y las intenciones del neoplatonismo florentino o de esos misteriosos círculos venecianos, no es extraño que seamos capaces de unir los hilos desperdigados por la historia y, siguiéndolos, dibujar ese itinerario de trazas laberínticas como el propio pensamiento sintiente, como la propia razón poética. Declararse ser en la vida y de la vida, con sus diferencias, con sus pesos y medidas, pero también con sus extraordinarios símbolos informando las cosas, dándoles el valor de absolutos porque es cada ínfima pieza la que permite y explica el resto. Este viaje me trae, como no podía ser de otro modo, otro nombre, el de Giordano Bruno. Me detengo en su imagen esculpida en el *Campo dei Fiori* de Roma: monje disidente ardido, aquí, en condena inquisitorial justo cuando arrancaba eso

que, cargado de consecuencias, acabaríamos llamando: modernidad. Era 1600, Andrea, ese renacimiento humanista volvía a esquivar en aras de un progreso en línea recta, se intentaban hacer desaparecer las sendas y sus *entre* para llegar antes a algo que no se habría sabido describir. La estatua del monje un día de mercado es un conjuro, su historia es el hilo enterrado de la historia, su silencio es una lámpara de aceite milagrosamente encendida a pesar de la lluvia y el tiempo. *Campo dei Fiori*: qué imposible es zafarse de ese lenguaje de los misterios que, nos recuerda María Zambrano, son los símbolos. Alguien me habla de ruinas menores y esa hermosa imagen llega aquí, y me hace copiarte la definición de ruina que el poeta Antonio Colinas recogió en *Símbolos en María Zambrano* cuando a la filósofa le concedieron el Premio Cervantes, en 1988:

RUINAS. Así, las ruinas vienen a ser la imagen acabada del sueño que anida en lo más hondo de la vida humana, de todo hombre: que al final de sus padeceres algo suyo volverá a la tierra y a proseguir inacabablemente el ciclo vida-muerte y que algo escapará liberándose y quedándose al mismo tiempo. De toda ruina emana algo divino, algo divino que brota de la misma entraña de la vida humana: el algo que queda del todo que pasa (Zambrano, 1989, p. 72).

Algo que queda del todo que pasa...

La trama requiere todos sus hilos, y cuando la actitud es de agradecimiento concibe el espacio de lo común desde el respeto. La competitividad es sustituida por la colaboración, metafóricamente hablando siempre, pero, en este caso, también como nueva deriva. Tus cintas de *Moebius* son mis laberintos. *Pachamama* lo celebra y lo enseña. Como lo celebraban y enseñaban los misterios eleusinos. Cómo lo celebran las mujeres del mundo que reciben a la extranjera con cantos y con danzas, y la hacen hermana y compañera. En mi libro *Teoría de los matices* lo dije así:

HILANDERAS, devotas de Ariadna, Señoras de la Miel y el Laberinto: rezabais al Algodón en África, a la Lana de Maragatería, a la Seda de China: las mismas manos sabias, idéntica elegancia en el cuerpo, exacta solemnidad en los labios. Cantabais el relato del mundo en silencio, tejáis el fruto frágil de los sueños que eternizan los calígrafos con su pincel. (La silueta de vuestros dedos en las telas, en las cortezas de bambú, en mi memoria) (Santiago Bolaños, 2017, p. 21).

Recuerdo las canciones hermosas que cantaban mis antepasadas *maragatas* mientras hilaban lanas, pero también historias que yo escuchaba en mis veranos plácidos de vacaciones infantiles; eran canciones que enseñaban muchas más cosas de las que una niña podía entender pero, a la par, traían un saber ancestral que, al habitarlo, te hacía estar segura y protegida: por entrar a tu jardín / ha caído una nevada / de rosas y de claveles / y no me he mojado nada.

El misterio de aquellos versos cantados por mujeres de edades distintas que compartían hilos, oficios, complicidades y felicidad porque estaban juntas, ha sonado a mi alrededor mientras escribo. Ha sonado el viento de sus palabras y la luz de sus ojos que invitaban a entrar en ellas. Te he supuesto a ti también en esa actitud de escucha infinita, tomando

entre tus manos el destello aún no carnal de la materia, soñando la forma como una diosa poética, y trasladando después ese sueño a la textura contándole y danzándole. Diseñando desde la trama de la piel del mundo, dejando tus manos en las paredes de la vida, como nuestras antepasadas lo hicieron en las cuevas. Y saliendo a la luz para compartir esa experiencia entregando, como ofrenda, algo bello en lo que, quizás, no reparó antes nadie o lo desechó porque supuso que ya no valía. El valor, ya ves, es utilitarista e insignificante para quienes eligen no perderse...

Me pierdo, nos perdemos... Ha de ser así.

Doctora Santiago Bolaños, Marifé, querida amiga:

Que difícil proseguir este diálogo cuando tu texto me invita al silencio de la introspección. La poesía sólo necesita hacerse piel. Ese acto meditativo involucra en sí mismo una transformación. Un cambio de conciencia. Ese cambio que creo estamos añorando en la búsqueda de nuevos imaginarios que nos permitan sintonizar nuevamente con la trama de la vida. Esa trama silenciada o negada en el afán de la eficiencia productiva que nos cegó al centrarnos en el producto, alejándonos de la complejidad de todos los procesos.

Me conmovió ese cambio de metáfora que mencionas en tu relato que pasa del signo de la flecha, al imaginario del mundo vegetal. De un recorrido violento y determinista, al crecimiento complejo del árbol o la raíz, con sus múltiples direcciones y posibilidades de desarrollo. Esta nueva aproximación nos sumerge en un proceso que se va tejiendo en interacción con todo lo que nos rodea. Así entiendo el acto de diseñar, un acto integrador en conjunción con su entorno, con sus recursos, con la materialidad, con los ciclos de la vida, con las manos que producen y en un anhelo comunitario que remite a la trama.

A partir de la pandemia, la noción de conexión, de ser parte de una trama común ha ido creciendo en nosotros. La red digital fue el tejido que nos permitió continuar con nuestra tarea. Al mismo tiempo que facilita la conexión, se alimenta de aquello que se va gestando en el desarrollo de nuevos entramados. La idea de red está presente en las raíces de las plantas a la manera de un vasto tejido neuronal que les permite conectarse entre sí y acumular información.

Ese imaginario de la trama ha ido evolucionando en nuestra comprensión del mundo como organismo complejo. De aquí esta vuelta o reconocimiento a las culturas originarias desde una mirada holística que nos devuelve la sensación de ser parte de. Algo que está siempre presente en tus textos y que se revela como tejido comunitario que habla de la vivencia, del cuerpo, de los vínculos, de lo femenino, desde una dimensión poética. Yo lo visualizo desde la metáfora de la piel.

Me interesó la piel desde su capacidad creativa que se manifiesta como borde que recubre todo ser y toda cosa. Desde los océanos a los desiertos, desde la montaña a los bosques, desde mi boca a la planta del pie. Me deleito con sus múltiples características de texturas, colores y formas que narran la belleza en la unicidad de cada ser.

La piel cubre y sorprende en su diversidad. Al mismo tiempo que expresa la identidad de su contenido: pez, coral, pájaro, flor, persona, vestido, plantea la capacidad de adaptación para interactuar con todos y todo lo que nos rodea. Ese borde como rasgo constitutivo funciona hacia adentro y hacia afuera como adaptación e intercambio. Lo novedoso surge

entre una piel y otra. El *entre*, nunca pertenece del todo a uno ni a otro, involucra, indetectiblemente una conciencia vincular y la creatividad de una construcción conjunta. Es justamente desde allí donde nos interesa pensar el diseño como forma viva, conectada y comunitaria que nos lleva a reconfigurar la trama.

El diseño concebido en la trama nos involucra a nosotros mismos como seres inmersos y comprometidos con el proceso proyectual y con nuestro entorno del que somos parte.

La pandemia acentuó la crisis de nuestro vínculo con la naturaleza. La mirada fragmentada nos ha llevado a considerarnos por fuera de la misma. Desde esta concepción, hemos desarrollado un sistema productivo voraz que quebró la armonía con los ciclos de la vida. El deterioro de nuestro entorno, el cambio climático, la contaminación, el individualismo, la competitividad, la falta de colaboración es consecuencia de esa mirada sesgada en el fragmento, la eficiencia, la mente.

Lo que aquí se plantea es volver a validar el *entre* que nace de esa configuración de la cual somos parte y que se reconfigura de manera constante. Explorar *el entre*, es comprender y comprendernos en relación. Nos expone, nos involucra y nos moviliza. Es allí donde se desarma el lugar de la oposición. El otro y yo estamos en consonancia. Me interesa este cambio de conciencia que alude a la colaboración. Muchas veces se ha hablado de la vida como lucha o competencia, pero si la observamos desde una visión macro en el tiempo desde el nacimiento de las primeras bacterias hasta nuestra aparición como seres humanos podremos descubrir que se trata de una gran trama común que dio la posibilidad al surgimiento de la diversidad de la vida.

Es tiempo de colaborar, de tejer nuevas redes, de prestar atención a esa dimensión amorosa que está en consonancia con la vida.

POSDATA:

Querida Andrea:

Esta última carta tuya requiere que continuemos nuestra correspondencia: ¿eres consciente de que estamos hablando las dos de una tarea urgente, la de propiciar una ética ecológica? He dicho ética para que su *entre* traiga conciencia compartida. Me atrevo a proponerte un tramo más en este camino: ¿ecofeminismo? La trama de un jardín de dignidad, acaso. Esa hermosísima palabra-simiente: respeto. Siempre es inteligencia y alegría, corporeidad y sentimientos, ¿te das cuenta?

Lista de referencias bibliográficas

- Borges, J. (1980). *Siete Noches*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Capra, F. (2003). *Las conexiones ocultas*. Barcelona: Anagrama
- Colinas, A. (1989). *Símbolos de María Zambrano*. Barcelona: Anthopos-Ministerio de Cultura.
- Le Breton, D. (2007). *El sabor del mundo, una antropología de los sentidos*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Santiago Bolaños, M. (2017). *Teoría de los matices*. Madrid: Huso

Saltzman, A. (2019). *La metáfora de la piel*. Buenos Aires: Paidós.

Zambrano, M. (2016). Hacia un saber sobre el alma en *Obras Completas II*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Abstract: Future projections are always rooted in the past. The projection reflects what we long to modify. Since the Industrial Revolution we have developed a voracious production system that breaks the harmony with the cycles of life. We have felt like egos isolated from nature focused on productive efficiency. The deterioration of our environment, climate change, pollution, lack of collaboration is a consequence of this biased look at the fragment. The intention of this investigation is to recover the plot. An attempt to modify perception and with it our imagination to project, perceive and build another reality.

Keywords: Plot - imaginary - metaphor - skin - project - Industrial Revolution - ego - nature - climate - pollution.

Resumo: As projeções futuras estão sempre enraizadas no passado. A projeção reflete o que desejamos modificar. Desde a Revolução Industrial desenvolvemos um sistema de produção voraz que quebra a harmonia com os ciclos da vida. Sentimo-nos como egos isolados da natureza voltados para a eficiência produtiva. A deterioração do nosso meio ambiente, as alterações climáticas, a poluição, a falta de colaboração são uma consequência deste olhar enviesado para o fragmento. A intenção desta investigação é recuperar a trama. Uma tentativa de modificar a percepção e com ela a nossa imaginação para projetar, perceber e construir outra realidade.

Palavras chave: Enredo - imaginário - metáfora - pele - projeto - Revolução Industrial - ego - natureza - clima - poluição.

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por el autor de cada artículo]
